

tas de vidrio, con dos collares de hermoso nácar, de que pendían algunos canchales grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuitlahuatzin que condujese á Cortés á su alojamiento, y se volvió con el rey de Texcoco.

Tanto la nobleza, como el pueblo inmenso que desde las azoteas, puertas y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados y aturcidos, no ménos por la novedad de tantos objetos extraordinarios, que por la inaudita dignacion de su rey, la cual contribuyó muy eficazmente á engrandecer la reputacion de los españoles. Estos marchaban tambien llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios, el número de habitantes; y siguieron andando por aquel grande y ancho camino, que, sin separarse de la línea recta, servía de continuacion sobre las aguas del lago, al de Iztapalapan, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus ánimos, con la admiracion, el temor de su suerte, viéndose solos en medio de un reino extraño. Así procedieron, por espacio de milla y media, dentro de la ciudad hasta el palacio que había sido del rey Axayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo. Allí los esperaba Moteuczoma, que con este objeto los había precedido. Cuando llegó Cortés á la puerta del palacio, lo tomó el rey por la mano y lo introdujo en una gran sala: hizolo sentar en un reclinatorio, semejante á los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de un hermoso tapete de algodón, cerca de un muro, cubierto tambien de una colgadura adornada de oro y piedras, y despidiéndose cortesmente, le dijo: "Vos y vuestros compañeros, estais ahora en vuestra propia casa; comed y descansad, que yo volveré en breve."

Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito á los Mexicanos. En seguida pasó á examinar todas las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa. Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él cómodamente los españoles y sus aliados, los cuales, con las mujeres y servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por do quiera un aseo exquisito: casi todas las piezas tenían camas de esteras de junco y de palma, segun el uso de aquellos países, con rollos de lo mismo para servir de almohadas; cortinas de algodón y bancos hechos de una sola pieza. Algunas tenían el piso esterado y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores. Los muros eran gruesos y tenían torres de distancia en distancia; así que, los españoles encontraron allí cuanto podían apetecer para su seguridad. El diligente y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una batería enfrente de la puerta de palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo día por sus enemigos. No tardó en presentarse á Cortés y á sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, mientras se distribuían al ejército diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad. Este día tan memorable para españoles y Mexicanos, fué el 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de aquellos al país de Anáhuac.

LIBRO NONO.

Conferencias de Moteuczoma con Cortés. Prision de Moteuczoma, del rey de Acolhuacan y de otros señores. Suplicio atroz de Cuauhopoca. Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernan Cortés, y derrota de Pánfilo Narvaez. Muerte de muchos nobles, y sublevacion del pueblo de México contra los españoles. Muerte del rey Moteuczoma. Combates, peligros y derrota de los españoles. Batalla de Otompan, y retirada de los españoles á Tlaxcala. Eleccion del rey Cuitlahuatzin. Victoria de los españoles en Tepeyacac, en Xalatzinco, en Tecamachalco y en Cuauquecholan. Estragos hechos por las viruelas. Muerte del rey Cuitlahuatzin, y de los príncipes Maxixcatzin y Cuicuitzcatzin. Eleccion en México del rey Cuauhtemotzin.

PRIMERA CONFERENCIA Y NUEVOS REGALOS DE MOTEUCZOMA.

DESPUES de haber comido los españoles y dispuesto cuanto convenia á su seguridad, volvió á visitarlos el rey con gran acompañamiento de nobleza. Cortés salió á recibirlo con sus capitanes, y los dos juntos entraron en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general español. El rey le presentó muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y más de cinco mil vestidos finisimos de algodón. Habiendo Moteuczoma tomado asiento, hizo sentar tambien á Cortés, y todos los circunstantes permanecieron en pié. Cortés le manifestó su gratitud con expresiones elocuentes, y queriendo continuar su discurso, lo interrumpió Moteuczoma con estas palabras:

"Valiente general, y vosotros sus compañeros: todos mis cortesanos y domésticos son testigos de la satisfaccion que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital; y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos. Vuestra fama ha engrandecido los objetos y turbado los ánimos. Decían que érais dioses inmortales, que veníais montados sobre fieras de portentosa grandeza y ferocidad y que lanzábais rayos con los cuales hacíais estremecer la tierra. Otros creían que érais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os había obligado á dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comía tanto como diez de mis súbditos. Pe-

ro todos estos errores se han disipado con el trato que ellos mismos han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demás, en el color y en la barba. Hemos visto por nosotros mismos que esas fieras tan famosas no son mas que ciervos más corpulentos que los nuestros, y que vuestros supuestos rayos son unas cerbatanas mejor construídas que las comunes, cuyas bolas se despiden con más estrépito y hacen más daño que las de aquellas. En cuanto á vuestras prendas personales, estamos bien informados por los que os conocen de cerca, que sois humanos y generosos, que tolerais con paciencia los males, que no usais de rigor sino con los que excitan vuestro enojo con su enemistad, y que no os servís de las armas sino para la justa defensa de vuestra persona. No dudo que vosotros igualmente habreis desechado, ó desechareis, las falsas ideas que de mí os habrá dado la adulacion de mis vasallos ó la malevolencia de mis enemigos. Os habrán dicho que soy uno de los dioses que se adoran en esta tierra, y que tomo, cuando quiero, la forma de leon, de tigre ó de otro cualquier animal; pero ya veis (y al decir esto se tocó un brazo, como para hacer ver que estaba formado á guisa de los otros hombres), que soy de carne y hueso como los demás mortales, aunque más noble que ellos por mi nacimiento y más poderoso por la elevacion de mi dignidad. Los Cempoaltecas, que con vuestra proteccion se han sustraído á mi obediencia (aunque no quedará impune su rebelion), os habrán hecho creer que los muros y los techos de mi palacio son de oro; pero vuestros ojos pueden desmentirlos. Este es uno de mis palacios, y ya veis que los muros son de cal y canto y los techos de madera. No niego que son grandes mis riquezas; pero las aumenta la exageracion de mis súbditos. Algunos se os habrán quejado de mi crueldad y de mi tiranía; pero ellos llaman tiranía al uso legítimo de mi autoridad, y crueldad, á la necesaria severidad de la justicia. Depuesto así por una y otra parte todo concepto desventajoso ocasionado por falsas noticias, acepto la embajada del gran monarca que os envía, aprecio su amistad y ofrezco á su obediencia todo mi reino; pues en vista de las señales que hemos observado en los cielos y de lo que vemos en vosotros, nos parece llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos de nuestros antepasados, en los cuales se anunciaba que debian venir de la parte de Levante ciertos hombres diferentes de nosotros en trages y costumbres, y que al fin serian señores de estos países. Nosotros no somos originarios de ellos: hace muchos años que nuestros progenitores vinieron de las regiones septentrionales, y nuestro dominio no ha sido, hasta ahora, sino como lugar-tenientes de Quetzalcoatl, nuestro dios y legítimo señor."

Cortés respondió dándole gracias por los singulares beneficios que de su mano habia recibido, y por el concepto ventajoso que de los españoles habia formado. Dijole que era enviado por el mayor monarca de Europa, el cual, aunque podía aspirar á algo más, como descendiente de Quetzalcoatl, se contentaba con establecer una confederacion y amistad perpétua con su majestad y con sus sucesores: que el fin de su embajada no era quitar á nadie lo que poseia, sino anunciarle la verdadera religion y darle algunos consejos importantes para mejorar su gobierno y hacer felices á sus vasallos; lo que haria en otra ocasion si su majestad se dignaba concedérselo. Aceptólo el rey, y habiéndose informado del grado y condicion de cada uno de los españoles, se despidió, y de allí á poco les envió un gran regalo, que consistia en ciertas alhajas de oro y tres cargas de preciosos trages de pluma, para cada uno de los capitanes, y dos de trages de algodón para cada soldado. Tan felices principios hubieran

podido asegurar á los españoles la pacífica posesion de aquella vasta monarquía, si se hubiesen dejado conducir más bien por la prudencia que por el valor.¹

VISITA DE CORTÉS AL REY.

Al dia siguiente, queriendo Cortés pagar la visita al rey, mandó á pedirle audiencia, y la obtuvo tan prontamente, que los mismos que le llevaban la respuesta eran los introductores de embajadores que debian conducirlo é instruirlo en el ceremonial de la corte. Vistióse Cortés de las más vistosas galas que tenia, y condujo en su compañía á los capitanes Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon y Ordaz, y cinco soldados de su ejército. Llegaron al real palacio por en medio de un gentío innumerable, y al entrar por la primera puerta, los que lo acompañaban se ordenaron en dos filas, pues el entrar de tropel se creia falta de respeto á la majestad. Despues de haber pasado por tres patios y por algunas salas, á la última antecámara, para llegar á la sala de audiencia, fueron cortesmente recibidos por algunos señores que estaban de guardia, y obligados á descalzarse y á cubrirse las galas con ropas groseras. Cuando entraron á presencia del rey, éste dió algunos pasos hácia Cortés, lo tomó por la mano, y mirando á todos los demás con semblante agradable, les hizo tomar asiento. La conversacion fué larga y sobre diversos asuntos. El rey hizo muchas preguntas, tanto sobre el gobierno político como sobre las producciones naturales de España; y Cortés, despues de haberlo satisfecho en todo, se introdujo á hablar de religion. Expúsole la unidad de Dios, la Encarnacion del Verbo, la creacion del mundo, la severidad del juicio de Dios, la gloria con que premia á los justos, y las penas eternas á que condena á los pecadores. Despues ratiocinó sobre los ritos del cristianismo y particularmente sobre el incruento sacrificio de la misa, comparándolo con los inhumanos que practicaban los Mexicanos, y declamando fuertemente contra la bárbara crueldad de inmolar víctimas humanas y de alimentarse de su carne. Moteuczoma respondió que en cuanto á la creacion del mundo estaban de acuerdo, pues lo mismo que Cortés referia, habian oido de boca de sus antepasados; que por lo demás, sus embajadores lo habian informado de la religion que los españoles profesaban. "Yo no dudo, dijo, de la bondad del Dios que adorais; pero si él es bueno para España, nuestros dioses son tambien buenos para los Mexicanos, como lo ha hecho ver la experiencia de tantos siglos. Excusad, pues, el trabajo de quererme inducir á dejar su culto. En cuanto á los sacrificios, no sé por qué se ha de censurar el que se sacrifiquen á los dioses los hombres que, ó por sus delitos, ó por la suerte que han experimentado en la guerra, están destinados á sufrir la muerte." Aunque Cortés no logró persuadir á Moteuczoma la verdad de la religion cristiana, obtuvo, sin embargo, segun dicen, que no se volviese á servir á su mesa carne humana, ó porque con las razones de Cortés se despertase en su ánimo el natural horror que debe inspirar, ó porque quisiese complacer á lo ménos en aquella condescendencia á los españoles. Dió además en aquella ocasion nuevos testimonios de su magnificencia, regalando á Cortés y á los cuatro capita-

¹ El docto y juicioso P. Acosta, hablando de esta primera conferencia de Moteuczoma, dice: "Muchos son de opinion, que atendido el estado de las cosas en aquel primer dia, hubiera sido fácil á los españoles hacer lo que hubieran querido del rey y del reino, y comunicarles la ley de J. C. con gran paz y contento de todos; pero los juicios de Dios son profundos, y muchos eran los pecados de ambas naciones: por lo que no sucedió lo que debia esperarse, aunque al fin cumplió Dios sus designios de hacer misericordia á aquellas gentes, despues de haber juzgado y castigado á los que lo merecian."

nes algunas alhajas de oro y diez cargas de trages finos de algodón, y á cada soldado un collar de oro.

Habiendo regresado Cortés á sus cuarteles (que así llamaremos de ahora en adelante al palacio del rey Axayacatl, en que se alojaron los españoles), empezó á reflexionar sobre el peligro en que se hallaba en el centro de una ciudad tan fuerte y populosa, y resolvió conciliarse el afecto de los nobles, con una buena conducta, con modales obsequiosos y amables, y mandó á su gente que se comportase de manera que no pudieran quejarse de ellos los Mexicanos; pero mientras parecía esmerarse en la conservacion de la paz, agitaba en su mente pensamientos temerarios, nada favorables á ella; y como para madurarlos era necesario, ántes de todo, informarse por sí mismo del estado de las fortificaciones de la capital y de las fuerzas militares del imperio, pidió permiso al rey de ver los palacios reales, el templo mayor y la plaza del mercado. Concediólo benignamente Moteuczoma, no teniendo la menor sospecha del astuto general, ni previendo los resultados de su demasiado fácil indulgencia. Vieron, pues, los españoles cuanto quisieron, hallando en todas partes grandes motivos de extrañeza y de admiracion.

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE MÉXICO.

Estaba entonces la ciudad de México, situada, como hemos dicho, en una isla pequeña del lago de Texcoco, á quince millas al poniente de esta capital y á cuatro de Tlacopan, por la parte opuesta. Se pasaba del continente á la isla por tres grandes calzadas de tierra y piedra, construidas á propósito sobre el lago: la de Iztapalapan, á Mediodía, de siete millas de largo; la de Tlacopan, á Poniente, de cerca de dos millas, y la de Tepeyacac,¹ al Norte, de tres. Todas eran tan anchas, que podian ir por ellas diez hombres á caballo, de frente.

Además, habia otra algo más estrecha, para los dos acueductos de Chapultepec. El circuito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de más de nueve millas, y el número de las casas, sesenta mil, á lo ménos.² Estaba dividida en cuatro cuarteles y cada cuartel en muchos barrios, cuyos nombres mexicanos se conservan aún entre los indios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran cuatro calles principales, correspondientes á las cuatro puertas del atrio del templo mayor. El primer cuartel, llamado *Tecpan*, y hoy San Pablo, comprendía toda la parte de la poblacion que estaba entre las dos calles

¹ Robertson pone en lugar del camino de Tepeyacac, el de Texcoco, el cual, cuando describe á México, lo sitúa al Nordeste, y cuando habla de la distribucion del ejército español, durante el asedio, á Levante, habiendo ya dicho que hacía Levante no habia camino sobre el lago; pero lo cierto es que no hubo, ni pudo haber nunca camino alguno sobre el lago de México á Texcoco, por la gran profundidad de su lecho en aquella parte, y en caso que hubiese alguno, no seria de tres millas, sino de quince, que es la distancia entre ambos puntos.

² Torquemada afirma que la poblacion de la capital era de 120,000 casas; pero el conquistador anónimo, Gomara, Herrera y otros escritores, convienen en el número de 60,000 casas y no de 60,000 habitantes, como dice Robertson, pues no hay autor antiguo que la estime tan pequeña. Es cierto que en la traduccion italiana del conquistador anónimo se traduce 60,000 habitantes por 60,000 vecinos, debiendo decir *hogares*; pues de otro modo se diria que Cholula, Xochimilco, Iztapalapan y otras ciudades, eran más populosas que México. Pero en el referido número no se comprendían los arrabales. Nos consta por el testimonio de Herrera y de Bernal Diaz del Castillo, que hacía Poniente continuaban las casas, por una y otra parte del camino de Tlacopan, hasta tierra firme; lo que forma un espacio de dos millas. Los otros arrabales eran Aztacalco, Acatlan, Malcuiltilpilco, Atenco, Iztacalco, Zancopinca, Huitznahua, Xocotilan, Coltonco y otros. Probablemente Torquemada incluyó en su cálculo los arrabales; pero aun de este modo me parece excesivo el número de 120,000 casas.

correspondientes á las puertas meridional y oriental. El segundo, *Moyotla*, hoy San Juan, la comprendida entre las calles meridional y occidental. El tercero, *Tlaquechiuhcan*, hoy Santa María, la comprendida entre las calles occidental y septentrional. El cuarto, *Atzacualco*, hoy San Sebastian, la comprendida entre las calles septentrional y oriental. A estas cuatro partes, en que fué dividida la ciudad desde su fundacion, se agregó despues, como quinta parte, la ciudad de Tlatelolco, quedando, por las conquistas del rey Axayacatl, unida á la de Tenochtitlan, y compuesta de todas ellas la capital del imperio mexicano.

Habia al rededor de la ciudad muchos diques y esclusas, para contener las aguas en caso necesario, y dentro de ella tantos canales, que apenas habia barrio por el cual no se pudiese transitar en barco; lo que no ménos contribuía á hermosear la poblacion que á facilitar el trasporte de los víveres y de todos los renglones de comercio, asegurando de este modo á los ciudadanos contra las tentativas de sus enemigos. Las calles principales eran anchas y derechas. De las otras habia algunas que no eran más que canales; muchas empedradas y sin agua, y no pocas que tenian en medio una acequia entre dos terraplenes, que servian á la comodidad de los pasajeros y á descargar las mercancías, ó en su lugar, plantíos de árboles y flores.

Entre los edificios, además de los muchos templos y palacios de que se ha hablado, habia otros palacios ó casas grandes, construidas por los señores feudatarios para su habitacion, en el tiempo en que se les obligaba á residir en la corte. Sobre todas las casas, excepto sobre las de los pobres, habia azoteas con sus parapetos, y en algunas, almenas y torres, aunque más pequeñas que las de los templos; así que, los templos, las calles y las casas, eran otros tantos medios de defensa para los habitantes.

Además de la grande y famosa plaza de Tlatelolco, donde se hacia el mercado principal, habia otras menores distribuidas por toda la ciudad, donde se vendian las provisiones de boca más comunes. En otros puntos habia fuentes y estanques, especialmente en las cercanías de los templos, y muchos jardines plantados, los unos al nivel de la tierra y otros en altos terrados. Los muchos y bellos edificios, primorosamente blanqueados y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidos por los cuarteles de la ciudad, los canales, los verjeles y los jardines, formaban tan hermoso conjunto, que los españoles no se cansaban de admirarlo, especialmente cuando lo contemplaban desde el atrio superior del templo mayor, el cual, no solo dominaba la poblacion de la corte, sino los lagos y las bellas y grandes ciudades de sus bordes. No ménos maravillados quedaron al ver los palacios reales, y la variedad infinita de plantas y animales que en ellos se criaban; mas nada los dejó tan atónitos como la gran plaza del mercado. No hubo español que no la celebrase con singulares encomios, y algunos de ellos, que habian viajado por casi toda la Europa, aseguraron, como dice Bernal Diaz, no haber visto jamás en ninguna plaza del mundo, ni tan gran número de traficantes, ni tanta variedad de mercancías, ni tanta regularidad y orden en el conjunto.

DESAHOGOS DEL CELO DE CORTÉS POR LA RELIGION.

Cuando los españoles subieron al templo mayor, encontraron allí al rey, que se les habia anticipado, para evitar con su presencia que cometiesen algun atentado contra sus ídolos. Despues de haber observado desde aquella altura

la ciudad, que el mismo rey le indicaba, Cortés le pidió permiso de ver los santuarios, y él lo concedió, habiendo ántes consultado á los sacerdotes. Entraron en ellos los españoles y contemplaron, no sin compasion ni horror, la ceguedad de aquellos pueblos y el horrendo estrago que en ellos hacia la crueldad de sus sacrificios. Cortés, volviéndose entónces á Moteuczoma, le dijo: "Me maravilla, señor, que un monarca tan sabio como vos, adore como dioses esas figuras abominables del demonio." "Si yo hubiese sabido, respondió, que debíais hablar con tanto desprecio de nuestros númenes, no hubiera cedido jamás á vuestras instancias." Cortés, viéndolo tan enojado, se excusó como pudo, y se despidió para retirarse á sus cuarteles. "Id en buen hora, respondió el monarca, que yo me quedo aquí para aplacar á los dioses, irritados con vuestras blasfemias."

A pesar de este disgusto obtuvo Cortés del rey, no solo el permiso de construir dentro del recinto de sus cuarteles una capilla en honor del verdadero Dios, sino también los materiales y operarios para la fábrica, en la cual se celebró el santo sacrificio de la misa, mientras duró la provision de vino, y diariamente concurrían á ella los soldados á encomendarse á Dios. Plantó además en el patio principal una cruz, á fin de que los Mexicanos viesan la suma veneracion en que los españoles tenían aquel santo instrumento de la redencion del linaje humano. Quiso despues consagrar al culto del verdadero Dios el templo mismo de Huitzilopochtli; pero lo detuvo el miedo del rey y de los sacerdotes, aunque lo consiguió más tarde, habiendo aumentado su autoridad de resultas de la prision del rey y de otras acciones no ménos temerarias, que referiré muy en breve. Despedazó los ídolos que allí se veneraban, hizo limpiar el santuario, colocó en él un Crucifijo y una imágen de la madre de Dios;¹ y arrodillado delante de aquellos simulacros, dió gracias al Altísimo por haberle concedido la gracia de adorarlo en aquel lugar, que por tanto tiempo habia sido consagrado á la más abominable y cruel idolatría. Este mismo celo lo indujo á repetir muchas veces á Moteuczoma sus razonamientos sobre las santas verdades de nuestra fé; y aunque aquel monarca no estaba dispuesto á abrazarlas, sin embargo, movido por sus argumentos mandó que no se sacrificasen más víctimas humanas, y aunque no complaciese al general español en renunciar á su creencia, siguió tratándolo con cariño, y no pasaba día en que no hiciese nuevas finezas y regalos á los españoles. La orden que dió á los sacerdotes acerca de los sacrificios no fué observada con rigurosa puntualidad, y la gran armonía que reinaba entre Cortés y Moteuczoma fué turbada por el inaudito atentado que voy á referir.

PRISION DE MOTEUCZOMA.

No habian pasado más de seis dias despues de la entrada de los españoles en México, cuando viéndose Cortés aislado en medio de un pueblo inmenso, y conociendo el peligro en que se hallaba su vida y la de los suyos, si mudaba de sentimientos el rey, como podia suceder, llegó á persuadirse que no podia adoptar otro medio para su seguridad, que el de apoderarse de la persona de

¹ La imágen de la Virgen que colocó Cortés en aquel santuario, se cree ser la misma que en la actualidad se venera con el título de los *Remedios* ó del *Socorro*, en un magnífico templo, á ocho millas de la capital hácia Poniente. Se dice que la llevó consigo á México un soldado de Cortés llamado Villafuerte, y que el día despues de la terrible noche en que fueron derrotados los españoles, la escondió en el sitio en que se encontró algunos años despues, que es el mismo en que hoy se venera.

aquel soberano pero siendo esta una medida tan opuesta á la razon como al respeto y al agradecimiento que le debia, buscó pretextos para aquietar su conciencia y poner á cubierto su honor,¹ y no halló otro que pudiera convenirle sino la revolucion de Veracruz, cuya noticia, que recibió en Cholula, habia tenido hasta entónces reservada en su pecho. Queriendo, pues, en fin, sacar partido de ella, la comunicó á sus capitanes, para que seriamente pensasen en los medios que podrian libertarlos de tantos peligros; y para justificar la temeridad que pensaba y obligar á los españoles á prestarse á ella, mandó llamar á muchas personas principales de los aliados (cuyo testimonio debia ser sospechoso, á causa de su enemistad con los Mexicanos), y les preguntó si habian observado alguna novedad en la conducta de los habitantes de aquella corte. Ellos respondieron que la plebe estaba divertida en los regocijos públicos que el rey habia dispuesto para solemnizar la llegada de tan nobles extranjeros; pero que en la nobleza se notaba cierto aspecto sospechoso, y entre otras cosas, habian oido decir á sus individuos que seria fácil levantar los puentes de los canales, lo que indicaba alguna conspiracion secreta contra los españoles.

Tan grande era la inquietud de Cortés, que no pudo dormir aquella noche, y la pasó dando vueltas, pensativo y agitado, por sus cuarteles. Un centinela le notició entónces que en una de las cámaras habia una salida tapada con una pared, que parecia recién hecha. Cortés la hizo abrir y halló muchas piezas en que estaba depositado el tesoro del rey Axayacatl. Vió allí muchos ídolos; una gran cantidad de alhajas de oro, plata y piedras preciosas; ricos tejidos de pluma y algodón, y otros objetos que pagaban á la corona los pueblos tributarios, ó que regalaban los señores feudatarios á su soberano. Despues de haber examinado atónito tantas riquezas, mandó hacer de nuevo el muro, dejándolo todo en el mismo estado en que se hallaba.

En la mañana siguiente reunió á sus capitanes, les representó las hostilidades cometidas por el señor de Nauhtlan contra la guarnicion de la Veracruz y contra los Totonacas sus aliados; excesos que, segun decian éstos, no se hubieran llevado á efecto sin la orden ó el permiso del rey Moteuczoma. Expúsoles con la mayor energía el gravísimo peligro en que se hallaban, y les declaró su designio, exagerando las ventajas que debian aguardarse de su ejecucion y disminuyendo los funestos resultados que podia tener. Hubo variedad en los dictámenes de los otros jefes. Los unos desaprobaban el proyecto, como impracticable y temerario, diciendo que seria mejor pedir licencia al rey

¹ Que el intento de Cortés era apoderarse de cualquier modo de la persona de Moteuczoma, y que la revolucion de Veracruz no era mas que un pretexto para cubrir su designio, se infiere claramente de su carta á Carlos V, de 30 de Octubre de 1520. "Pasados, invictísimo príncipe, seis dias despues que en la gran ciudad de Temistitan entré (debía decir *Tenochtitlan*), y habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas, segun lo que hay que ver y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra habia visto, que convenia al real servicio y á nuestra seguridad, que aquel señor (Motezuma) estuviera en mi poder, y no en toda su libertad; porque no mudase el propósito que mostraba en servir á V. A., mayormente que los españoles somos algo inoportunos, é porque enojándose, nos podia hacer mucho daño, y tanto que no hubiese memoria de nosotros, segun su gran poder, é tambien, porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que á él eran súbditas, vendrian más aína al conocimiento y servicio de V. M., como despues sucedió." Todavía descubre con mayor claridad su intento en otro pasaje de la misma carta, citando otra que habia escrito al mismo Carlos V desde Veracruz. "Certifiqué á V. A. que lo habria (á Motezuma) ó preso, ó muerto, ó súbdito á la corona real de V. M., y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoal." Ahora bien, cuando Cortés salió de Cempoala, no habian ocurrido los sucesos de Veracruz, ni habia recibido agravio alguno del rey, sino más bien finezas singulares y magníficas presentes.